



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE,

La conquista del balle.

RAMÓN ASENSIO MÁS

El Carnaval se fué.

EL CONFESORARIOArtículo de **DON JENARO, EL FEO****MANUEL SORIANO**

Va de cuento.

FÉLIX RECIO

La honestidad de Julita Cruz.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Cantar.

FERNANDO AMADO

«La serpiente.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, CYRANO, MANCHÓN, URDAy **ALFONSO**Caricaturas y retratos de Julita Fons,
Marta Salvat, Don Jenaro, el Feo y otros
dibujos.**JULITA FONS**Que cambia de género, que se hace cupletista...
y que seguirá tan bonita como la conocen ustedes.**5 cénts.**



UNO DE TANTOS

El martes de Carnaval fué al Lírico don Abdón —que es un viejo carca-mal de cierta Liga social—, y estuvo haciendo el pendón de un modo fenomenal.

A su entrada en el salón le hicieron una ovación varios socios de San Luis, que estaban allí en unión de tres hermosas «gachís» disfrazadas de bebés...

Don Abdón (hombre cortés si los hay) las saludó con un «Os beso los pies», y la frase le valió dos soberbios pantapiés que le dió una de las tres mascaritas por detrás.

Él lo celebró, y después, al cadencioso compás de una habanera, los dos diéronle gusto á los pies, «marcándose como Dios», según suelen decir los hablistas de Lavapiés.

Subiéronse al «restorán» la máscara y don Abdón, y se festejaron con seis botellas de «champán» de la marca Moët et Chandón.

Y, sin miedo al qué dirán, se bajaron al salón con una «tajada» tan descatolizante, que les dieron otra ovación los cofrades de San Luis Gonzaga (patrono de la estudiosa juventud), quienes—en íntima unión con las otras dos «gachís»— daban clase de virtud, y moral y religión...

El anciano don Abdón vió lo que hacían en el

antepalco los demás; y, por no quedarse atrás haciendo un triste papel, dió á su socia por detrás de los cortinones un «ósculo»; y oyóse un «¡zas!», seguido de un «¡cataplún!...»

Lo que pasó no lo he podido saber aún; pero lo ocurrido fué sencillamente—según afirman algunos—que la máscara del bebé dió una «hostia» á don Abdón (cosa muy puesta en razón para un hombre de tal fe); y, al sentir el bofetón, el anciano dió un traspie, yendo á dar contra un sillón...

¡Y todo por causa de... la espuma del Moët et Chandón, que á veces—según se ve—transformase en «peleón»!...

Con este motivo se «najaran» los Luises que daban clase de virtud, y moral y religión; y quedáronse en reunión tan sólo la juventud reidora de las tres «gachís» y la senectud risible de don Abdón...

Y se fueron del salón los cuatro, dando traspies; y nuestro anciano, después de meterse en un simón tuvo con las tres «gachís» disfrazadas de bebés, y de rezarle á San Luis su jaculatoria usual, se acostó sobre las tres el martes de Carnaval.

Mas, cuando se levantó del lecho, se arrepintió de su pecado mortal; y, según dicen, tomó la ceniza en San Pascual...

Carlos Miranda.

LA CONQUISTA DEL BAILE

PEPITO Verdejo iba, por fin, á realizar aquel ensueño que tantas veces acarició su loca fantasía, mientras leía á hurtadillas en clase de Derecho civil las novelas de Felipe Trigo. Al cabo de mucho desearlo

iría á un baile de máscaras, y llegó á poner punto á su empeño después de preparar su aventura, como el caudillo que dispone una ardua campaña.

Lo primero que le hacía falta era lo mismo que aparecía como menester para hacer una guerra con probabilidades de éxito: dinero, dinero, dinero. Esto que dijo Napoleón el Grande, aplicándolo á las necesidades militares, no deja de ser una gedeonada verdaderamente cesárea, y que hubiese sido suscrita por el propio Pero Grullo, si tan lógico personaje hubiera querido emular las glorias de Alejandro.

Pepito Verdejo, que coincidía con Bonaparte, y con todos los mortales en eso de creer que el dinero es necesario, no sólo para la guerra sino para todo en este bajo mundo, comenzó á formar su peculio para Carnestolendas. Como era natural, en su sistema financiero comenzó por no pagar el hospedaje del hostel, donde una respetable patrona dábale por precio no exagerado el cobijo y el sustento. La segunda de sus habilidades de hacedista, consistió en enajenar por pacto de venta los libros de texto que debían servirle para las asignaturas de aquel curso.

Para resolver la cuestión del indumento, empezó desde antes de Navidad á hacerse agradable y servicial respecto de un condiscípulo, de buena familia, poseedor de un variado guardarropa. Cuando llegó la época oportuna inició la petición meditada de tanto tiempo atrás. El condiscípulo, que tenía en Pepito su más fiel amigo y seguro servidor, no pudo por menos de acceder á la súplica, y Verdejo, ¡oh, agasajo de la fortuna!, vestiría por vez primera un frac.

Con la misma emoción que si fuese á exa-

minarse, preparóse á ir al baile por fin. Cuando abandonó su cuartito, independiente por hallarse en el piso de encima al que habitaba la patrona, pensó en el colmo de la dicha. En la bella desconocida, una duquesa acaso, que volvería con él á alegrarle las horas en aquel frío mechinal.

Verdejo entró en el salón de baile, asomando primero la cabeza con timidez de niño, como si temiera que le impidieran pasar, y pensando tal vez en decir humildemente: ¿se puede?

Así como á Goethe lo primero que se le ocurrió al llegar á la Ciudad Eterna, fue pensar en qué casa viviría la mujer que había de amar en Roma, así Pepe Verdejo pensó en qué lugar de aquel revuelto maremagnum se hallaría la dama á quien él debía amar aquella noche. La dama, ¿y por qué no?, que acabaría amándole á él. Una aristócrata, una actriz célebre, una belleza culminante que sintiese deseos de aventura con el estudiante y terminara enamorándose ciertamente del doncel encantado.

Pero él no decía que era estudiante. ¿Para qué revelar aquella condición que amenguaría el efecto de su presencia magnífica y gallarda?

¿Acaso su tipo, realizado por aquel frac que le sentaba como si fuese suyo, no podía pasar por el de un distinguido y opulento Don Juan? La duquesa esperaba no tardaría en llegar. Y llegar, para la predestinada, era caer.

Elegante, esbelta, rutilando el fuego de sus ojos negros bajo el sedoso antifaz, pasó ante él la hermosa presentida. Ella era. Aquella mirada insistente y repetida lo había revelado. Mímosa, la máscara lindísima acabó por hablarle. Luego colgóse de su brazo, y Verdejo creyó firmemente que el tibia halago del brazo de una duquesa enamorada era más grato y suave que el del brazo de Lorenza, la fórmula del hostel, tantas veces y con tan poca delicadeza pellizcada en una revuelta del pasillo.

NUESTRAS COCOTAS



MARTA SALVAT

—¿Por qué no nos vamos?—dijo la linda máscara.

Verdejo lo comprendió. Era el amor el que incitaba á su pareja á abandonar el bai-

PASADO EL CARNAVAL



—Ya te vi en la tribuna envuelta en confettis...

—Sí, chica, no me puedo quejar. Me han echado muchos más de los que yo esperaba.

le y abandonarse á él. Además, ¿quién sabe?, el temor de un marido celoso que podía llegar de un momento á otro... Verdejo salió del baile con su dama.

—¿Dónde vives?—preguntóle ella.

—En la Castellana—contestó desplícamente-

mente Pepito—. Ahora verás. Es un hotel muy mono.

—¿Tomaremos un coche?

—Mira. La verdad. No he mandado venir el mío.

—Pero tomaremos un simón.

—Déjate de simones, mujer. Quién sabe que especie de gente lo habrá ocupado antes. No hay nada más antihigiénico que los coches de alquiler. Además nos conviene respirar aire puro. Iremos á pie.

La bella desconocida hubo de resignarse. Llegaron á la Castellana. Allí Verdejo señaló como su vivienda el hotel que le pareció más conveniente.

Pero entraremos por una puertecilla que hay detrás del jardín.

Y obligándola á declinar por una calle próxima, llevó á la dama á una puerta misteriosa que tenía el aspecto de no haberse abierto tanto. Verdejo llamó á ella con los nudillos y con cuidado de que no le escucharan desde dentro. Al cabo de un rato, volviéndose á su pareja, la dijo:

—Mi ayuda de cámara es un golfo que, al ver que yo estaba de baile, se habrá marchado á divertirse. Pero se me ocurre una idea. Podemos ir á un cuartito bohemio, donde vive un chico pintor que ahora está fuera y me ha dejado la llave de su casa. La confianza es absoluta.

La dama, que ya se estaba acabando de escomar, accedió por fin. Y tuvo la paciencia necesaria para ir hasta la calle de Jacometrezo y subir al cuarto de su galán.

—¿No te parece que tiene mucho encanto esta escena?—decía él, una vez en el aposento.—Tú eres una duquesa; yo lo sé. Yo, en cambio, ¡para qué negártelo!, soy marqués. Mañana te diré mi título. Entretanto, vamos á amarnos como dos bohemios en este cuarto humilde.

La dama exhaló un profundo y prolongado suspiro de resignación. Verdejo pensaba en lo que rabarían sus compañeros cuando les refiriese su aventura. Seguro estaba de que no le querrían creer...

Y cuando, de mananita temprano, salía la dama del mechinal dejando todavía dormido al estudiante, detúvose ante la portería. Y sacando un duro de la escarcela que llevaba, hubo de entregárselo al portero, diciendo:

—Tome usted, y haga el favor de entregárselo de mi parte á ese señorito escuchimizado que vive en el tercero, y dígame usted que no se lo gaste, porque dentro de muy poco le va á hacer falta para píldoras.

Pedro de Répide.

EL CARNAVAL SE FUÉ

VISTO Y OIDO

REVOLOTEARON, alegres y cosquilleantes, por los ámbitos de la sala, los últimos compases del postrer *galop*; fueron saliendo perezosamente las parejas que se habían quedado rezagadas; enfundaron sus instrumentos los músicos, y por los altos ventanales del teatro asomóse de pronto, inoportuno y fisgón, el primer rayo de sol de la cuaresma.

Y el Carnaval se fué. Como huellas que marcaban su paso por la tierra, quedaron pendientes de los antepechos de los palcos las cintas multicolores de las *Serpentinas* balanceándose, rompiéndose ó enredándose entre sí, hasta formar enmarañadas madajas; las botellas, rotas ó vacías, abandonadas en los rincones; los antifaces, olvidados ó perdidos, y la soberbia alfombra, pisoteada y polvorienta, cuyas grecas y medallones desaparecían bajo una carga de *confetti*.

Amortiguáronse las luces, se amustiaron las flores, y en el amplio salón

donde se había celebrado el baile reinó el silencio de las cosas muertas. ¡Quién dijera que, momentos antes, había pasado por allí una ráfaga de locura entre vales vieneses, taponazos de champagne y risas de mujer que repercutían alegres y vibrantes como un concierto de cascabeles!

Y, sin embargo, era verdad. Seguidme, asomáos conmigo á los palcos, cruzad por el salón rápidamente, penetrad en el *restaurant*,

y entre oleadas de perfumes, gritos ahogados y rumor de fiesta, veréis brillar, á través de los antifaces, la mueca burlona del Carnaval, y percibiréis los latidos de su corazón...

No es una historia lo que voy á contaros, sino trozos sueltos, retazos de muchas historias cazadas al vuelo, cogidas al azar, en la discreta penumbra de los cortinajes, en los rincones del salón ó al pasar junto á las mesas del ambigú.

Visto y oído.

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

—Déjame, hombre, que á esa gachí la cruzo yo la cara esta noche!...
¡Maldita sea! Dame más vino.
—;Pero, Carlos, por Dios!...
—;Que me des más vino!...
Es ella, no me cabe duda. Y la muy perra me

la está diñando con ese pollo litri, sabiendo que si el marqués se entera la manda á freir espárragos. ¡Y á ver entonces de qué vivo yo!... ¡Maldita sea!... ¡Hombre, déjame, que la parto la cara!

—¿Te quieres callar? ¡Pues estaría bueno que por una loca se perdiera un hombre decente como tú!

—¿Lo ves? No puede una fiarse de nadie.

FACIL ACOMODO



El niño.—Mamá, yo no quiero dormir más con la criada; quiero dormir contigo.

La mamá.—Pero, hijo, si no hay más que dos camas, ¿dónde vá á dormir papá?

El niño.—¿Papá? ¡Pues que duerma con la criada!

Consiento en venir contigo creyéndote un hombre formal... ¡y mira las consecuencias!

—¡Tonta!... ¿Quién va á saberlo?

—¡Dios mío, si este palco hablase!... Anda, descorre las cortinas y que entre la luz.

—¿Para qué? Así estamos mejor.

—¡Qué locura, Alfredo!... ¿Cómo iba yo á esperar de tí?... ¿Sabes que eres de los que engañan?

—Más engañas tú, que parece que no lo gastas y luego...

—¡Bah!

—Escucha, mi alma. ¿Todo esto es tuyo?

—Y tuyo. ¿No lo ves?

—Redeu, qué estafa! Dos alonsivos de pollo y una copa de Jerés, veinticinco pesetas.

—No es mucho.

—¡Hembra, no diga que no es mucho!... Va usted á Birselona y todo esto no le cuesta á usted más que una cincuenta.

—Sí; pero, ¿y el viaje?

—Mírale, ¡llí está. Con aquella rubia disfrazada de jardinera. ¡Infame!...

—¿Y te decía que iba á velar á un enfermo?

—¡Ay, Anita, para que te fies de los maridos! Por supuesto, yo te juro que no se burla. Mañana mismo entablo la demanda de divorcio.

—No digas disparates, Lola.

—¡Ya lo verás!... Oye, ¿quiénes son aquellos que nos están llamando?

—No sé... Unos de La Peña... ¡Vámonos, que vienen!

—Mejor. ¿Sabes que ese moreno de bigote me gusta?

—Bueno, sí; pero vámonos...

—No. Acabo de variar de pensamiento; en lugar del divorcio, quiero vengarme de mi marido. ¡Ese moreno tiene la culpa!... Verás. Ojo por ojo y diente por diente.

—Pero, ¿qué haces ahí papando moscas? ¿Es que te has creído que venimos aquí para estar de brazos cruzados? Vamos, espabilate y aprende de la Trini y de la Nati, que ahí las tienes, alborotando el salón.

—¡Pero si es que me da vergüenza, señora Matildel!

—¡Vergüenza!... ¡La culpa me la tengo yo por traerte siendo primeriza; si una no se sacrifica por vosotras!... A ver si me vas á salir mística como la *Cordobesa*, que cuando la toca un cura tengo que llevarla á confesar al día siguiente. ¡Y así estáis poniendo el oficio, que no se pué vivir!

—¿Me permite usted?

—Hijo, no puedo bailar más, ¡estoy rendida!

—¡Caray, qué lástima!
 —Pero si quiere usted que hablemos, vamos al *restaurant*.
 —Ahora vuelvo.

.....
 —¿Lo ves? ¿Lo ves como eres una pava?...
 ¿De modo que se te ha declarado y no le has dicho nada de cenar?

—¡Pero, mamá!...
 —¡Hija, no lo entiendo! Mis deslices han sido siempre de sobremesa. Pregúntaselo a tu padre y verás.

.....
 —Y tú, ¿qué haces, Trini, te vas con el marqués?

—No, hijo, gracias; al marqués le da por las ostras, y yo esta noche necesito tomar algo más nutritivo.

—Píde un pollo.
 —Es poco. Esta noche necesito la pareja.

.....
 —¡A ver que va a ser esto! Ya te he dicho que no quiero que mires a ese de los lentes. ¡Mira que te caliente, Julia!

—¿Quién, tú?... ¡No eres capaz!

 Amanece. Los bulliciosos compases del

postrar *galop* revolotean, alegres y cosquillezantes, por los ámbitos de la sala; van saliendo, lentas y perezosas, las máscaras últimas, y por los altos ventanales del teatro se asoma, inoportuno y figón, el primer rayo del sol de la cuatresma.

Y el Carnaval desaparece y el telón cae.

Ramón Asensio Más.

SUCEDIDOS...

Un marido celoso descubre un paquete de cartas dirigidas a su mujer. En ellas se habla de pasiones voraces, de citas, de besos...

—¡Miserable, canalla!—brama el esposo ultrajado.

La mujer le mira, y echándole los brazos al cuello, exclama:

—¡No te exaltes, por Dios; no te he ofendido a tí!

—¿Y esos papeles? ¿Te atreves a negar todavía?

—¡Sí!—insiste la mujer.—Eso es de cuando yo era soltera.



—«Señora discreta. Habitación confortable, cama griega y con muelles».
 —¡Qué barbaridad, señá Ufrasia ya no les falta más que decir que son de repetición!



El confesionario

DON JENARO, EL FEO



SO de que los hombres guapos se llevan de calle á las mujeres, es una antigüalla ridícula.

Puede que antes las señoras, más candorosas ó menos complicadas, se prendasen con facilidad de esas *miniaturas* con pantalones que andan por las calles haciendo alarde de majeza á fuerza de guiños y contoneos. Hoy el sexo débil tiene más intrínquilis que antaño, y para que una gachí se deje poner los puntos sobre las fes, se precisa que el don Juan reúna una porción de condiciones especiales.

Las hay que sólo miran el tamaño, y aun entre las que dan preferencia á la figura, se encuentran muchas que se prendan de la estatura, que se desmayan ante una joroba ó dan gritos de placer si al mirar la nariz de su amado observan que la tiene gorda.

El reinado de la belleza masculina desapareció para siempre. De ahora en adelante tienen la supremacía los feos den acimiento, y mucho partido los que sin poseer una fealdad definitiva, saben hacer muecas grotescas y desfigurarse convenientemente.

Por eso triunfo yo en toda la línea y no hay ciudadana que no la *diñe* ante los atractivos personales de *Don Jenaro, el Feo*.

¡Si tendré partido con las hembras que una vez que me paré frente al Palacio Real empezó á hacerme guiños amorosos la estatua de doña Berenguela!

Mi desgracia está en que con este ángel para las damas y un natural tan apasionado como el mío, paso muy malos ratos y me gasto un capitalazo en fortificantes, estimulantes y *vigorizantes*.

Mi mesa de noche es un arsenal, y si hoy me tomo una dosis de hierro Bravais, mañana tengo necesidad de agarrarme á la Kola con desesperación para que no aparezca flácida y desmayada mi grotesca figura.

Le digo á ustedes que soy un verdadero desgraciado, pues ni siquiera me queda el recurso de alejarme de la mujer, porque:

«Con la ausencia crece más»

mi pícaro afición á la mujer.

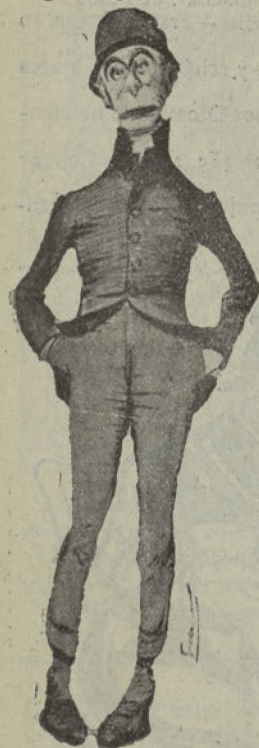
Gracias á que en esto de amor soy un poquitín arbitrario. Me perezco por las rubias, tal vez porque este color escasea en España ó porque, sin darme cuenta de ello, soy totalmente opuesto á los gustos y pareceres de la gente de coleta.

No un artículo para LA HOJA DE PARRA, que es el periódico de mis preferencias, sino un tomo ó dos podía escribir con el relato de mis aventuras y devaneos; pero como soy un tanto modesto, me limitaré á contar un par de sucedidos, que, por cierto, no han tenido efecto en México, como les ocurre á la mayor parte de

los toreros, sino en Madrid, ó todo lo más lejos, en Barcelona.

En la ciudad condal tuve á bien enamorarse de mi fea catadura una *noya* de esas que tienen más curvas que la plana de un pendolista. Yo, la verdad, andaba un poquitín reacio, porque la *dona* era una rubia teñida; pero tanto trabajó la indina y tan buena mano se dió una amiga suya, francesa de nacionalidad y fresca de naturaleza, que acabé por ceder.

La barcelonesa, viéndome en trance de doblegarme —¡ajo con las interpretaciones malignas!— me suplicó que acudiese á la cita amorosa con los trajes que sacaba á escena y perfectamente caracterizado. Tan ex-raña pretensión me asombró un poco, pero como el boca-



DON JENARO, EL FEO

do era apetecible y el capricho inocente, me atavié con el traje de *Sarasa*, puse en mi cara todo el tesoro de mis lápices y coloretes y, bien envuelto en mi pañosa, me personé en la casa de mi conquista.

Confieso que iba con un poquito de *canguelo*, porque la barbiana era casada.

Por fortuna, el esposo estaba fuera de casa, y la entrada fué felicísima.

Apenas puse el pie en el cuarto de la señora, se abalanzó á mi pescuezo y vertió sobre mí un diluvio de piropos. ¡Rico! ¡Mónin! ¡Precioso! ¡Lucero!

Tanta palabrita tierna y tanta mentira me enardecieron, y correspondí á sus finezas con todo el repertorio que yo me gasto para cautivar hermosas.

Era Enero, pero ¡ríanse ustedes de Agosto, del calor de una fragua y del desierto de Sahara!

Entre las caricias, la vergüenza que me daba el verme en los espejos tan feo y el *mieditis* de que se presentara el amo de la casa, sudaba á chorros, y el sudor formaba los más grotescos surcos en mi pintarrajeada faz.

Mujer insaciable, se iba haciendo pesadita la escena, y mis piernas flojeaban y se rendía toda mi fortaleza.

Muerto de cansancio, pedí tregua, pero un campanillazo puso de punta todos mis nervios y hasta los cabellos de mi peluca.

Rápido como una flecha me colé en un cuarto inmediato á la puerta de la calle, y allí tuve que presenciar las caricias y zalamerías que la infiel esposa hacía á su marido, un hombre casi tan feo como yo, que se repantigó en una butaca decidido á no moverse de ella en unas cuantas horas.

El malestar de la señora y el mío se iban haciendo insufribles, pero la presencia de espíritu de la francesita confidente de nuestros amores nos sacó del mal paso.

Con el pretexto de enseñar al esposo los primorosos bordados que su mujer había hecho en el embozo de una sábana, extendió ésta delante de la puerta del cuarto en que yo estaba, y yo aproveché la cuyuntura para escapar del mal paso.

Mucho tiempo después fué la francesita de marras la que cautivó; pero aquellos amores duraron poco. La maldita tenía tal afición á las cosas de cocina, que me hizo perder el estómago á fuerza de finezas.



- Hombre, hombre... ¡Cinco años casados, y ya vais para el séptimo.
—Como nos acostamos tan temprano, señor alcalde...
—Pues, hijos..., acostarse boca abajo.

—*Mon ami*, esta noche cenaremos juntos. ¿Te gustaría un poquito de lengua? ¿Te apetece uno tortillitar? ¿Quieres los huevos al plato ó te los pongo duros?

Por miedo á la dispepsia y aseó á la cocina francesa, una noche desaparecí de Barcelona y me planté en la villa y corte.

Aquí he hecho horrores; pero no los cuento para no cansar más á los lectores de LA HOJA DE PARRA y para evitarme algún disgusto, porque hay cada señora...

Juan Martínez.

VA DE CUENTO

SE vieron y se amaron, que es lo menos que puede suceder cuando en el camino de la vida se encuentran, por arte de la casualidad, una mujer como Eloisa y un hombre como Abelardo, los protagonistas de esta breve cuanto verídica narración.

Eloisa era una celestial criatura de dieci-

LOS «AMIGOS» PRÁCTICOS



—Ya lo oyes; ese Conde ha pedido en el Senado al Gobierno una lista de todas las sacerdotisas del Amor.

—Bueno, ¿y qué?

—Que le debes mandar una tarjeta muy afectuosa.

ocho abriles, hermosa como una creación de la fantasía de un poeta árabe, rubia como el primer rayo de sol, de mirada torcida y de un conjunto capaz de hacer pecar al propio San Casto, que, dejando su puesto en las celestes

regiones, viniera á darse una vuelta mundana por estas pícaras y revueltas altitudes.

Y era Abelardo un mocetón alto, fornido como un atleta, de gallarda apostura, de mirar de fuego y de verbo fogoso y apasionado como el de un orador de Club.

Ya he dicho que se vieron y se amaron, y á esto hay que añadir que decidieron casarse, que es lo primero que se les ocurre á un hombre y á una mujer cuando se hallan en el mismo estado psicológico que los héroes de esta leyenda.

La boda se efectuó con las formalidades que disponen Dios y el Código civil; es decir, con la intervención del curó de la parroquia y la del juez municipal del distrito.

Abelardo y Eloisa, saboreando la rica miel de la luna de su matrimonio, tomaron el expreso, pues no se concibe que dos enamorados tomen el mixto, y se marcharon á gozar de los encantos inherentes á los primeros meses de su matrimonio á un pintoresco y encantador pueblecillo de la sierra, cuyo nombre no hace al caso ni importa á lo sustancial de este relato.

Su amor, lejos de decrecer con la mutua posesión, que es lo que viene sucediendo desde nuestro muy respetable, al par que enamoradizo padre Adán, hasta nuestros días y nuestras noches, aumentaba en proporciones verdaderamente alarmantes.

Y con tanta fe, con tal entusiasmo conjugaron ambos enamorados el verbo amar, que la familia llegó á preocuparse seriamente, temerosa de que los protagonistas de aquel idilio terminaran en la Sacramental de su predilección, después de pasar una corta temporada en Panticosa ó en Betelú.

Híjase, pues, que adoptar con aquellos chicos una determinación decisiva, heroica, que calmara un tanto aquellos pligrosos y ardientes entusiasmos, con el fin de evitar la catástrofe, que fatalmente se avecinaba.

La familia les dió sanos, al par que científicos, consejos; el cura del pueblo les exhortó al comedimiento y á que dedicaran algunas horas del día á practicar más confortables y reparadoras...

¡Pero como si no!

Abelardo y Eloisa siguieron las huellas del día nupcial, haciendo oídos de mercaderes á los sanos consejos de la familia y á las sobrias exhortaciones del cura.

Entonces, y como recurso supremo, se

apeló al médico del pueblo, el cual, después de un discurso de dos horas, cuajado de citas, plétórico de ejemplos y ahito de las más temibles armonías, les puso de manifiesto el porvenir, que no tenía nada de halagüeño, y terminó diciéndole:

—¡Esto no puede continuar así, señores míos! Y es preciso que acabe, porque yo no quiero tener sobre mi conciencia la responsabilidad de lo que ocurra, y que ocurrirá, forzosamente, como ustedes no nos obedezcan.

—Pues usted dirá lo que hemos de hacer— contestó tímidamente Abelardo.

—Se hará cuanto usted disponga, doctor— añadió Eloisa.

Pues ya que están ustedes dispuestos á obedecerme, de lo cual me felicito— continuó el médico—, es preciso, es necesario, es indispensable, que no haya entre ustedes el más leve contacto durante los meses cuyos respectivos nombres no tengan *erre*.

Abelardo y Eloisa se miraron aterrados, y después de aquella mirada que fué todo un poema, contestaron:

—Grande es el sacrificio que usted nos impone; pero ya que es preciso, se cumplirá.

—¡Así lo espero!— respondió el médico con solemnidad.

Y los héroes de esta historia, aterrados por los tremendos vaticinios del médico del pueblo, comenzaron á cumplir escrupulosamente su prescripción, evitando toda ocasión de quebrantarla.

Una tarde hallábase Eloisa y Abelardo sentados en sendas mecedoras, bajo el tupido emparrado de la casa en que vivían...

El calor era sofocante... Abelardo dirigió á su esposa una mirada de honda intensidad, y después de exhalar uno de esos suspiros capaces de dejar físico á cualquiera, le preguntó:

—Eloisa, ¿en qué mes estamos?

—Creo que en *Jurnio*— contestó ella apresuradamente.

Manuel Soriano.



LA HONESTIDAD DE JULIA CRUZ

El domingo pasado, Julia Cruz, una amigueta de otros tiempos, al saber que me retenía en cama un fuerte ataque de reuma, vino á pasar la tarde conmigo, y amena y charla-

tana, me recordó muchas anécdotas del Carnaval, esta festividad que entristece siempre á los viejos que ya no podemos disfrutarla.

—Aquel año— me dijo de pronto refiriéndose á uno anterior al 79— me ocurrió una aventura lo que se dice extraordinaria. Verás... Lolita Vera, ¿te acuerdas?, me requirió y me rogó y me com prometió para que

COQUETERÍA ABUSIVA



—¡Eres muy cruel, Lulú! ¡Eres muy cruel!

—¿Por qué?

—¡Porque si me hubieses hecho eso hace treinta años, te habría demostrado en el acto que á mí no se me vuelve impunemente la espalda!

fuésemos á un baile de aquellos célebres de Capellanes. Yo...

—V tú fuiste y hallaste á tu marido, que enamorado de tu palmito...

—No, tanto, no— me interrumpió Julia Cruz—, eso hubiera sido una vulgaridad; te he dicho que me sucedió algo extraordinario.

Mi marido por aquellos días no estaba en Madrid.

—¿Entonces?...—añadió—cuenta.

Julita, amena, fué diciéndome. Ella y Lolita Vera hablan ido al baile acompañadas de Antonio Pérez, un buen amigo de Lolita. Allí se reunieron con dos amigos de Antoñito...

La noche se deslizó alegre y divertida.



—¿Quiéres volvernos á montar en la bicicleta, Antoñito?

—Sí, hijitas, sí. Yo os monto todas las veces que queráis.

Bailaron, rieron, bebieron champagne... Lolita, siempre del brazo de Antoñito Pérez; Julita, alternando con los otros dos chicos, ambos simpáticos y decididos.

Cuando terminó el baile comenzaba ya á amenecer. Julita, temiendo que los criados la viesan entrar, no quería ir á su casa. Era preferible hacerlo más tarde hablando de alguna pobre amiga enferma.

—Vente á dormir á casa—dijo Lolita.

—¿Y nosotros?—preguntaron los amigos de Antoñito Pérez.

—También—añadió éste—. Nosotros tenemos nuestra habitación; vosotros... ¡ya os arreglaréis!

Y, en efecto, fueron.

—Aquella fué una de las mayores travesuras de mi vida—me decía Julia—; figúrate que en casa de Lola, además de la que ella ocupaba con Antonio, sólo había otra cama muy estrecha...

—Acuéstate, tonta—me gritaba Lola.

—¿Y nosotros?—preguntaban los amigos de Antonia.

—¡También, también!—contestaba éste riendo á carcajadas.

—Yo, la verdad—seguía Julita—, me horrorizaba pensando que fueran dos, nada menos que dos... Y di vueltas por todas partes buscando el medio de evitarlo. De pronto, en un cuartito junto á la cocina tropecé con un saco muy grande, y se me ocurrió una diablura muy pintoresca: «Señores, dije á mis adoradores, sí que me acuesto con ustedes, pero á condición de que me dejen vestir este saco.» Todos rieron mucho la ocurrencia, y los interesados aceptaron. Nos acostáramos.

Me despojé de mi ropa y me cubrí con el saco, cuya boca adapté bien á mi cuello, y entonces llamé á mis adoradores. Ellos mismos me ayudaron á entrar en el lecho, y después, apagando la luz, se desnudaron y se acostaron, uno á mi derecha y otro á mi izquierda.

—De todos modos—pensaba yo—la arpillera nos pone á una distancia honesta. Y, al fin, rendida, creo que me dormí. Mis compañeros de lecho... ¡yo no sé! Lo que puedo afirmarte—concu'yó diciéndome Lolita—es que lo del saco fué una horrorosa ingenuidad, porque al día siguiente me enteré de que estaba roto por delante y por detrás...

Félix Recio.

CANTAR

Bien está San Pedro en Roma
y el pajarillo en la rama;
el borracho, en la taberna,
y la mujer... en la cama.

Jonquín Alcaide de Zafra.

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO

otros de la «Tabacalera», con Regino Velasco sobre un grandioso local para la imprenta, con el maestro Torregrosa sobre unos miles de duros que le ha hecho ganar en una jugada de Bolsa, y, por no perder el tiempo, habla de pasada con Sinesio sobre la futura «Sociedad de Autores. Al oír mi explicación, sonriendo afablemente.)

—¡Guñ! Guñ Para cuatro días que vas á vivir, podías haberte quedado en las afueras. ¡Guñ! Guñ! ¿Verdad, Isidrin?

I. SOLER.—(Creyendo que se dirige á él, contesta en Alemán y no le entendemos.)

DON ENRIQUE.—No tenga usted cuidado, que tendrá su merecido.

Usted (dirigiéndose al Director de las Voladoras), mañana me cuega á és : de un alambre y lo tiene usted en el telar bista que yo diga.

EL DIRECTOR.—Está bien.

DON ENRIQUE.—Y tú ponte afeítan en esos arañazos, pímate para que no se conozca, y cuando te subas en otro coche córtale las uñas.

YO.—Muchas gracias por todo. (Risitas generales y me retiro más corrido que una monja.)

A consecuencia de este incidente, mi mujer y yo pactamos el vivir separados, atendiendo, como es natural, á sus gastos. Ella está tranquila y yo tan fresco como de costumbre.

NOTA.—A los ocho días de esto, y también en las afueras, pero más lejos que otras veces, estando sentado en el borde de un camino con una mujer, volvió á aparecerse Manuel Soriano con la galguita inglesa, y mientras ella trataba de ocultar la cara, mi buen amigo repitió la

presentarme ante mis compañeros y ante el público con la cara hecha un mapa, y sin pensar en las consecuencias, cogí un revólver y eché á correr, escaleras abajo, con las peores intenciones.

No hice más que llegar á la calle y mirar en todas direcciones por si las veía, cuando se me puso delante un hombre, buen amigo, buen poeta y buen autor, que, además, siempre llega á tiempo. El que no lo conozca personalmente habrá leído sus poesías ó aplaudido sus obras, la mayoría estrenadas en Lara.

Se trata de Manuel Soriano, que traía en su compañía una galguita inglesa que era lindísima, y que, sin fijarse en mi aspecto nada tranquilizador, en la sangre que me secaba con el pañuelo y en el revólver que empuñaba nerviosamente, me dijo:

—¡Hola, Pepel! Mira mi perra. ¿Te gusta? Sin esperar á que le contestara, y haciendo sonar el dedo del corazón sobre el pulgar, se dirigió á la perrita en esta forma:

—¡Anda! Un saltito por el señor Ontiveros! ¡Otro saltito por el señor Ontiveros! ¡Otro saltito por!...

—Mira, Manolo. No sé qué decirte; pero... Dispensa, Pepe. No había reparado. Adiós.

Se marchó, y yo me quedé, con los saltitos de la perra, sin saber á qué carta quedarme: si pegarle un tiro á la galguita, á Soriano, á mí mismo ó soltar la carcajada. No hice nada de esto; pero mis nervios se tranquilizaron, y dando automáticamente, fui desde la plaza del Rey hasta el Rastro, donde vendí el revólver y

me estuve jugando al «mús» con tres troperos amigos hasta la hora de la función.

EPÍLOGO

Escenario del teatro de Apolo.

PERSONAJES

SINESIO DELGADO.
D. ENRIQUE ARREGUI.
EL DIRECTOR DE LAS VOLADORAS.
ACOMPANAMIENTO DE AUTORES, ACTORES Y AMIGOS.

Al fondo, sin preocuparse de Sevilla ni del Guadaluquivir, ISIDRO SOLER, repasando una gramática alemana.

(HABLADO)

SINESIO.—*(Saltándome al paso)* Oiga, Ontiveros, antes de que hable usted con Arregui, y para su tranquilidad, debo decirle que su mujer ha estado aquí suplicando despidan de la compañía, para evitar escándalos é disgustos serios, á la cortisa nueva, por creer que es la que da lugar á sus disgustos conjugales, y como yo sé que usted se interesa por ella, he hablado con Riquelme y está admitida desde hoy en Estava.

YO.—*Le agradezco mucho el interés que se toma en este asunto, lo cual no me choca, pues desde antes de que me proporcionara el puesto que tengo en este teatro, ya sabía que era usted el*

pañó de lágrimas de los desgraciados y el paladín de toda idea noble y justa. Esa chica es ino-cente...

SINESIO.—*Señaló ó no, ya está evitado el mal que podría acarrearle el quedar sin sueldo. Ahora preséntese á la empresa y no enseñe usted la oreja.*

YO.—*Procuraré obedecerle, como siempre. Me dirijo al foro del escenario, donde hay un grupo de unos diez personas que esperan mi entrevista con D. Enrique Arregui y temen que me rompa un par de costillas. Afortunadamente hay poca entrada y está de buen humor. Don Enrique se enfada cuando está el teatro lleno, según creo, porque los acomodadores no pueden atender á todos los concurrentes á la vez. También le molesta que lean periódicos durante la representación los que no pagan por entrar y que le pidan un llavín que tiene para su uso particular. El maestro Zurrón y Manolo Soriano pueden dar je.*

YO.—*(Ruboroso por los arañazos y temeroso por mi falta)* Buenas noches.

DON ENRIQUE.—*Se puede saber por qué has fallado á los ensayos hoy y ayer á la primera sección?*

YO.—*D. Enrique, usted me dispense; pero ayer, estando en las atueras, se rompió un eje del coche que estaba, y por mucho que corrí, sin reparar en el barro ni en la distancia, sólo pude hacer dos papeles de los cinco que tenía.*

DON LUIS ARUEJ.—*(Que sale de conferenciar con unos señores sobre la fábrica de Bombillas eléctricas, con otros de la «Azucarera», con*

LA SERPIENTE

ACABABA de ocurrir entre los dos una escena de amor delirante. El, después de desnudarla, la había estrechado frenético entre sus brazos, besándola y mordéndola enloquecido... Luego se levantó con propósito de ir al café y en cargar que les llevara inmediatamente una cena opípara.

—Hay que restaurar en la mesa las fuerzas que nos quita el amor.

—La culpa la tienes tú, que eres un loco de atar —dijo ella con acento mimoso de hembra satisfecha.

—¡Bah, y tú también!

—¡Quiá! Yo no quería... Fuiste tú quien empezó...

—Sí, yo empecé y tú continuaste; yo empujé y como tenías muchísimas ganas de caer... ¡Vaya, abur, cuerpo juncal!

—Que no tardes

—¿Ya empiezas?

—Que tengo frío, mucho frío...

—Pues ponte mi gabán y arrópatelo... ¡Adiós!...

Y Enrique salió presuroso y Frasquis permaneció sentada en su sillón, con los hermosos ojos perdidos en el espacio, como mirando los cortinajes de alegres musarañas que su imaginación colgaba del techo.

La luz del quinqué derramaba sobre lo

muebles del gabinete una tibia claridad lechosa que invitaba al sosiego, y por los visillos de la ventana se veían algunas estrelli-



—Tú dirás lo que quieras; pero ella insiste en que el chico es tuyo, y que para probártelo, no hay más que ver que el pobrecito tiene unos ricitos como las moras.

—Pues, ya ve usted cómo no puede ser.

—¿Por qué no puede ser?

—Porque hace seis años que me tiño el pelo.

tas que titilaban en las lontananzas del firmamento.

Frasquita las miraba, y su fantasía turbulenta de mujer viciosa iba y volvía de la tierra al cielo recorriendo en pocos minutos cuadrillones de leguas, y lo más famoso era que aquellas distancias extraordinarias las creía recorrer en brazos de Enrique, cuyas manos infatigables acariciaban su cuerpo desnudo á través del infinito.

Aquella alucinación crecía, crecía... hasta confundirse con la misma realidad... y Frasquita sintió que su sangre ardiente martilleaba en sus sienas, y que su carne inquieta se estremecía de contento bajo los halagos del hombre amado.

Aquel voluptuoso quebranto concluyó por abismarla en una modorra dulcísima...

De pronto se irguió sobresaltada por un ruido tenue, apenas perceptible, de algo que se arrastraba debajo del sillón, y Frasquita dió un grito de terror al ver una serpiente que la miraba con sus ojos centelleantes de rubíes...

¿Era realidad? ¿Era sueño? ¿Era, en efecto una serpiente que hubiese entrado en la casa por debajo de la puerta del jardín, ó la Lujuria, la Tentación, que se acercaba para seducirla y renovar con ella la leyenda de Eva pecadora?

Frasquita pensó que aquella serpiente en celada deseaba ocultarse dentro de su cuerpo, y dió un grito de miedo y de placer, porque al mismo tiempo había experimentado un espasmo de quitesenciado deleite.

—¿Duermo, señor?...—se preguntaba.

Con un movimiento rápido se había des-
embarazado del gabán y procuraba aplastar la serpiente con sus lindos zapatitos de baile... Pero aquel ardor de su carne iba en aumento, y temiendo ceder y servir de regocijo al lúbrico animal, quiso huir...

—Ven, ingrata—murmuraba la serpiente—, ¿por qué me esquivas?

La joven la miró estupefacta.

—Pero, ¿quién eres?—dijo.

—Soy la Tentación, la Lujuria, el espíritu mismo del deleite á quien invocaste en tus horas de fiebre sensual... Ese inexpresable calambre deleitoso que ninguno de tus poseedores supo hacerte gustar; la satisfacción, en fin, del anhelo que las mujeres buscan

inútilmente entre los brazos de los hombres y los hombres en el regazo de sus queridas...

La pobre niña languidecía bajo el poder de una terrible fascinación.

—¿Y Enrique?—preguntó.

—No sabrá nada.

—Yo no puedo traicionarle, no quiero traicionarle...

—Tonta... ¿crees que él puede tener celos de mí?... ¡Ya ves!... si mañana le refirieses lo que ahora te está sucediendo conmigo, probablemente se reiría de tí... Y, sin embargo, yo tan pequeña, tan débil al parecer, soy la rival formidable de todos los hombres; porque yo, solo yo, poseo el secreto de la suprema voluptuosidad que todas las mujeres buscan en el adulterio...

Y añadió tras una breve pausa y moviendo su roja lengüecilla:

—Ven y no seas esquivo, ven... Que yo sabré arrobar tus sentidos con un vaho amoroso nunca gustado, y escandecer tu carne con el veneno orientalesco de una lascivia sobrehumana que te emocionará hasta los huesos, y acariciar tus entrañas con cosquilleos y titilaciones inauditas...

Frasquita sintió los candentes latigazos de su carne que se abrasaba, y loca, delirante, se subió encima del sofá, tapándose con la camisa aquellos hechizos de la mujer debe tener siempre mejor guardados...

Ms su diligencia fué vana, pues con la precipitación perdió el equilibrio y cayó al suelo boca arriba, entregándose con los brazos abiertos... Y la serpiente se lanzó sobre ella, gozosa, describiendo un vertiginoso ziz-zag de chispa eléctrica, y desapareció... Y entonces Frasquita experimentó en las profundas intimidades de su ser un rebrinqueteo nervioso, exquisito, inolvidable... Cuando Enrique volvió, la joven dormía echada sobre la alfombra.

—¿Duermes?—preguntó él.

Ella abrió los ojos, sonriendo.

—Sí—dijo—dormía y soñaba contigo.

—¿Benditas seas!

—Soñaba que estaba en tu lecho y entre tus brazos... ¡y he sido tan feliz!...

Fernando Amado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

◊. REVISTA FÉSTIVA ◊

APARECE LOS SÁBADOS

Oficina:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID